

**KORBOZEROVA N. M.**

*Universidad Nacional Tarás Shevchenko de Kyiv*

## LAS PREMISAS HISTÓRICAS DE LA APARICIÓN DE LA LENGUA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

У статті розглянуто передумови для зародження людини та її мови на території Іспанії доби Палеоліту.

**Ключові слова:** доба Палеоліту, знаряддя виробництва, Середземноморська зона, знахідки, примітивна людина, печера.

В статье рассмотрены предпосылки зарождения человека и его языка на территории Испании эпохи **Палеолита**.

**Ключевые слова:** эпоха Палеолита, орудия труда, Средиземноморская зона, примитивный человек, пещера.

The article deals with the prerequisites for the primitive man on the territory of Spain in the Palaeolithic age.

**Key words:** Palaeolithic age, instruments of production, Mediterranean region, findongs, primitive man, cave.

La Prehistoria es el nombre que recibe el período de la humanidad que comprende desde el surgimiento de la vida humana en la Tierra hasta la aparición de los primeros testimonios escritos. Los estudios de arqueología prehistórica datan de mediados del siglo XIX. De hecho, nacieron cuando el francés Jacques Boucher de Crévecœur halló una mandíbula humana en el terreno perteneciente al Pleistoceno, que es el período más antiguo de la llamada Era Cuaternaria, durante el que aparecieron los primeros seres de aspecto humano, los australopitecus. En la península Ibérica hay importantes yacimientos prehistóricos.

Destacan las Cuevas de Altamira y el yacimiento de Atapuerca, entre los numerosos hallazgos encontrados, pertenecientes a los primeros homínidos.

España, la península Ibérica, posee magníficos yacimientos prehistóricos que permiten avanzar en la investigación de la aparición del Hombre sobre la Tierra. España tiene su Prehistoria, esa larguísima etapa que condujo al ser humano desde el más recóndito primitivismo hasta los albores de la civilización, con la invención de la escritura y los primeros instrumentos que aportaron el gran salto de la evolución con la revolución del Neolítico. La Prehistoria duró más de dos millones de años, aunque en la península los vestigios más marcados arcaicos, como el hallazgo del fragmento del cráneo del hombre de Orce (algunos investigadores discuten que pueda pertenecer a un animal), en Granada, apuntan a que, al menos, se remontan a un millón de años.

En el litoral cantábrico del occidente asturiano aparecen plataformas con una orografía ancha y plana encajada en la red fluvial, muy favorable para ser habitada en el Paleolítico inferior.

En la Prehistoria, el hombre aprende a perfeccionar los instrumentos necesarios para su subsistencia. Prueba de ello son los restos encontrados, como hachas y rascadores, fabricados principalmente con sílex y cuarcitas.

Las culturas de las regiones del Bajo Duero y del Mediterráneo.

En consonancia con el desarrollo técnico e instrumental de los primeros hombres que pisaron la Tierra, la Prehistoria ha sido dividida en tres etapas. Esta clasificación abarca los períodos Paleolítico (o de la Piedra antigua), Paleolítico Medio (o Etapa Intermedia), y Neolítico (o de la Piedra Nueva). Otros investigadores como Henry Morgan, clasifican las etapas en tres períodos: salvajismo, barbarie y civilización.

Según esta división, el período del salvajismo corresponde a una época en la que el hombre aprovecha los bienes que encuentra en la caza, en la pesca y en la recolección. En el período de la barbarie, aparecen tribus que adoptan formas de la vida sedentarias. Los hombres buscan distintas zonas para vivir y descubren la agricultura y la ganadería. También se inician en artes como cerámica y los textiles. Por último, en el período de la civilización, surgen nuevas tecnologías agrícolas. En esta época se produce un gran desarrollo en los poblados y se inventan modos de escritura.

Todo el Paleolítico (Inferior, Medio, Superior) está caracterizado por la utilización que hacían los hombres primitivos de técnicas de golpeo y percusión para tallar los instrumentos. La madera, las conchas, los huesos y las piedras eran usados como material para sus primeras herramientas. El hombre del Paleolítico era nómada, dependía de la naturaleza, de la caza, de la pesca y de la recolección de los frutos, pero desconocía la agricultura y ganadería.

Una vía de acercamiento a la vida del hombre primitivo son los útiles que fabricaba. Normalmente empleó la piedra, sobre todo el sílex, que golpeaba de forma cada vez más hábil. Las lascas, o fragmentos alargados de bordes cortantes, se convertían en instrumentos útiles para cortar, raspar o agujerear. También se utilizó a veces el hueso. Los objetos de piedra tallada más antiguos integran la cultura de los guijarros, caracterizada por el empleo de técnicas rudimentarias. Posteriormente aparecen las hachas de mano, primero bifaciales y luego más trabajadas, de gran variedad y perfección.

La industria ósea no estaba todavía muy desarrollada. Se hallaba patente en una serie de puntas y esquirlas obtenidas de extremidades inferiores de animales, como por ejemplo del bisonte o del caballo, e incluso de falanges de renos.

Los primeros yacimientos del Paleolítico Inferior en la península Ibérica se encuentran en las Terrazas del Manzanares, son las de la llamada cultura de los guijarros o “pebble cultura”, y, junto a cantos rodados usados como herramientas, se encuentran hachas de mano, con bordes regulares. Aparte del yacimiento de Torralba, en Soria, están los de Atapuerca, en Burgos, y los de L’Aragó, en la comarca del Rosellón. Esta etapa comprende el período que va de 1 millón a 100.000 años antes de Cristo. Al Paleolítico inferior pertenecen también las culturas levalloisense, abbevillense y achelense, en la región del Bajo Duero y Jarama.

En la Etapa Intermedia, el hombre primitivo comenzó a perfeccionar los instrumentos que utilizaba para la caza y la pesca.

El avance en esta etapa con respecto a la anterior es un hecho y sus acciones sobre el medio y el terreno en el que se desenvuelve son más poderosas, más influyentes. Los restos pertenecientes al Paleolítico Medio, que transcurre entre los años 100.000 y 35.000 a. c., son más abundantes. Los yacimientos se reparten por la zona mediterránea: Bañolas, Cova Negra, en Játiva, Cueva del Pinar, en Granada, y Gibraltar.

El yacimiento de Atapuerca. La Sierra de Atapuerca, situada a 15 kilómetros de Burgos, es un lugar, privilegiado para el estudio de la evolución humana. En ella han aparecido los restos humanos más antiguos de Europa. La Sierra de Atapuerca es un macizo cársico, de rocas calizas, donde se localizan diversos yacimientos que corresponden a diferentes momentos del Pleistoceno (1–2 millones de años atrás; aparición y desarrollo del hombre).

Los investigadores intentan ahora descubrir, a partir de los fósiles hallados en Atapuerca, cuál era el lenguaje de los antepasados españoles hace cientos de millones de años. Los antropólogos analizan cómo era el medio físico, el ambiente de las comunidades, el ambiente biológico y, por supuesto, cómo era el ser humano en todos sus aspectos: físicamente; en sus actividades; en su entorno.

La línea de investigación más ambiciosa se dirige a averiguar, a partir de los fósiles, cómo eran las voces de unos seres que vivieron hace 900 millones de años. Para ello, se estudian las impresiones que se conservan del cerebro (donde reside una de las claves del lenguaje) y los reflejos del aparato vocálico en los huesos de la parte inferior del cráneo.

El Paleolítico Superior también ha sido dividido en tres etapas: Auriñaciense, Solutrense y Magdaliense.

Las técnicas de la piedra tallada alcanzan una mayor perfección y especialización. El hombre fabrica pequeñas hojas delgadas, raspadores y buriles que alcanzan, en algunos casos, una belleza asombrosa. Además, aunque sigue

utilizándose la piedra, son muy abundantes los útiles de hueso, como las agujas y los arpones. En este período, los restos humanos pertenecen y al hombre de Cromagnon y al Homo Sapiens. Existen diversas manifestaciones en la cueva del Hoyo de la Mina, en Málaga, y en la del Castillo.

Las condiciones de vida del hombre del Paleolítico Superior debieron de ser realmente duras y llenas de dificultades. La acuciante necesidad de subsistir le llevó a buscar el alimento, primero en la recolección y, posteriormente, en la caza y pesca. No obstante, la evolución cultural presenta ya diferencias frente al Paleolítico Inferior y Medio. En el Auriñaciense (primer período del Paleolítico Superior) predominan, entre sus utensilios, las hojas de piedra y el hueso. Hay restos en la cueva del Castillo, en Santander, y el Cueto de la Mina, en Asturias.

Más tarde, en el Solutrense (período intermedio del Paleolítico Superior) se fabrican las “puntas de hoja de laurel”. Los yacimientos más destacados de este período se han encontrado en Parpalló, en Valencia, en la cueva de Ambrosio, en Almería, y en Cau de les Gojes, en Gerona.

Su modo de vida, semejante a una “economía destructiva”, le obligó a practicar el nomadismo en busca siempre de nuevas fuentes de alimentación, estableciendo a menudo sus campamentos a orillas de los ríos. El desamparo en que se sentía el hombre primitivo dio a su vez gran fuerza y cohesión interna a las tribus y a los poblados.

En el Paleolítico Superior se experimenta un importante avance. El hambre ya no era tan grande, pues se disponía de mayor cantidad de medios de subsistencia y técnicas de caza. La importancia de la recolección iba cediendo ante la atención creciente dedicada a la caza y a la pesca, como prueba la difusión de arcos, flechas y arpones que, además, aseguraban la defensa frente a un medio hostil y peligroso.

A su vez empieza a controlar el fuego, conocido ya al parecer en el Paleolítico Inferio, lo cual le permitió un dominio mayor de su espacio vital, proporcionándole luz, calor, defensa y, gracias a cocción, mayor variedad de sustancias y alimentos comestibles. Con respecto a la vivienda, se advierte cierto semisedentarismo en las proximidades de los lugares en los que se podía obtener el alimento.

Las migraciones estuvieron condicionadas muchas veces por los intensos fríos glaciares o por la mejora del clima en los períodos interglaciares. Efectivamente, en el tránsito hacia el Neolítico, hubo el paso de un clima frío, de la última glaciación, al período geológico actual, el Holoceno.

El hombre primitivo busca donde guarecerse. Cuando empieza a refugiarse habitualmente en las cavernas, vive cerca de la entrada, como corroboran multitud

de hallazgos y de restos materiales, algunos de los cuales parecen confirmar la utilización del vestido con pieles de animales.

Las transformaciones facilitaron las manifestaciones artísticas rupestres. Las primeras muestras de expresión artística parecen haber sido esculturas de arcilla, que no se conservaron, y, posteriormente materiales más duros y consistentes, como la piedra o el hueso. Así, están las figuras de las Venus, estatuillas femeninas de cabezas con rostro apenas formado, sin definición, brazos reducidos, hipertrofia de los senos y vientre y, casi siempre, con anchas y gruesas caderas. Estas pequeñas esculturas van evolucionando hacia un mayor esquematismo, convirtiéndose en figuras muy estilizadas que parecen haber perdido su papel de ídolos de fecundidad para transformarse, según diversos antropólogos, en simples amuletos.

Las estatuillas debían de ser una especie de espíritus tutelares domésticos y, al mismo tiempo, símbolos de origen de la familia y de toda la tribu, es decir, que podrían representar a la diosa Madre. El nombre de Venus les viene porque inicialmente se consideraron representaciones de un ideal erótico de belleza, que no concuerda con su aspecto de mujeres maduras y con todas las apariencias de madres.

También existe un arte de estatuaria animal. Otras tallas se encuentran en fragmentos de hueso, marfil o piedra. Resulta igualmente muy interesante la decoración geométrica, a base de volutas y espirales, existentes en los “bastones de mando”. En España, los testimonios más relevantes del arte rupestre paleolítico se hallan primordialmente en la zona cantábrica, donde están localizadas cuevas de gran valor como las de Altamira, que son las más conocidas. Las técnicas artísticas utilizadas por los hombres primitivos son muy variadas: trazos digitales, grabados, que inicialmente pudieron realizarse como un ritual de magia, esculturas amorfas y, fundamentalmente, la pintura iconográfica.

La cueva de Altamira se encuentra a 30 kilómetros al oeste de Santander, en el municipio de Santillana del Mar. Junto al vestíbulo de la cueva, muy cerca de la entrada, se abre la Sala de los Polícromos, donde aparece uno de los legados más bellos del arte de los primeros homínidos. En el techo de esta sala se concentran, en aparente desorden, figuras de animales pintadas en diferentes épocas. Asimismo, han sido hechas con múltiples técnicas. Las primeras figuras representadas en este techo son las pinturas rojas, sobre las que se añadieron posteriormente varias pinturas negras, los policromos y, por último, algunas figuras negras. El animal más representado, el bisonte, aparece rodeado de otros animales como la cierva y el caballo. Además hay figuras de hombres y signos. El resto de la cueva está integrado por otras nueve galerías o salas. En las galerías

centrales de Altamira se han hallado bisontes pintados en negro o grabados, cabras, caballos, ciervos, ciervas, etc. Merecen especial atención los signos rectangulares, cónicos, los claviformes, los escaleriformes, las manos en negativo. Según parece, los artistas paleolíticos pasaron sus manos por la pared para dibujar en arcilla. Es, quizás, la decoración más antigua de Altamira. La galería terminal es conocida como la “Cola de Caballo”. Se trata de un corredor muy estrecho de 50 metros de longitud, en cuyas paredes se descubre todo un catálogo de signos, distintos trazos negros y animales grabados o pintados en negro como caballos, cabras, ciervos, bisontes y máscaras, similares a las que aparecen en las cuevas del Castillo y la Garma.

Una gran parte del conjunto de representaciones se realizó entre hace 14.800 y 14.400 años. Sin embargo, en la cueva hay pinturas parietales anteriores y posteriores a esta fecha. Según los investigadores, puede decirse que la gruta se decoró desde el Solurense hasta el Magdalenense final, momento en el que se produjo el derrumbe que selló la entrada de la caverna.

Las cuevas del Mediterráneo se adscribieron al denominado “arte levantino español”, o capsense, por suponerse, que tenían su origen en el Norte de África, cuando en realidad era una evolución del arte francocantábrico. Están incluidos los yacimientos y pinturas de Cogull, en Lérida, de Valltorta, en el Castellón, de la Araña, en Valencia, y de Minateda, en Albacete. Más tarde, esa división se rechazó pues posteriormente aparecieron distintas grutas con arte rupestre de similares características a las de Altamira, en puntos tan diversos como las cuevas de Albacete, Cáceres, La Pileta, en Málaga, o Los Casares, en Guadalajara.

Dos son las interpretaciones más importantes de la finalidad del arte rupestre: la estética, que lo considera expresión de un ideal de belleza, y la magia. Según esta última versión, la más definida y difundida, las representaciones de animales estarían íntimamente vinculadas a la magia de la caza: existía el convencimiento en los artistas de que, por medio de la representación, se ejercía influencia sobre lo que se reproducía o pintaba.

El artista podía ser, a la vez, por sus poderes mágicos, el hechicero de la tribu, dedicado a unos menesteres que seguramente le liberaban en gran parte de la tarea de búsqueda de alimentos, lo que presupone, a su vez, un cierto desarrollo económico de un grupo que podía mantener a personas en cierto modo improductivas. Este hecho indica además la existencia de jefes y líderes, lo que da a la sociedad tribal una estructura simple pero ya escalonada. Existía también un culto a los muertos.